

¿Faltó pleito sobre esto por ventura  
En aquel apostólico rebaño  
Hasta que el Redentor con gracia pura  
Les mandó desistir del nuevo engaño?  
Por tanto, aquella empresa es mas segura  
Que el Rey hace, si evita aqueste daño  
Con ir él mismo, ó cuando ser no pueda,  
Envíe personaje que preceda.

Y que, hecha eleccion de tal sugeto,  
La dignidad y cargo le amplifique,  
Para que con la fuerza deste objeto  
La invidia en los demás se mortifique;  
Así que, fué consejo sano y reto.  
Y es bien que por el mundo se publique,  
Venir de Carlos el retrato vivo  
A curar este daño, y mil que escribo.

Porque la guerra en casa y la milicia  
De gente nunca usada á tal doctrina  
Habian hecho premio la avaricia,  
Los hurtos y desórden disciplina,  
La inelencia decian ser justicia,  
Astucia el retirarse mas ahina,  
La guerra imaginaban como trato,  
Juzgando por vencer comprar barato.

Y así, se habian deshecho compañías,  
Quedando casi solas las banderas,  
Aunque ministros por diversas vias  
Llegasen los castigos á las veras;  
Mas ya, gloria y honor de nuestros dias,  
Te vuelven á buscar do los esperas;  
Que el amor y respeto los inflama  
A seguir tu ventura, que los llama.

¿Qué no puede un ejemplo verdadero  
En la dócil mejor naturaleza?  
Pues aun aquellos mismos que primero  
Rehusaban de Marte la aspereza,  
Se vuelven á vestir de fuerte acero  
Olvidando el regalo y la ternera;  
Sin muchos que de nuevo se inclinaron  
A las armas, que nunca profesaron.

Acedió de la Bética famosa,  
Tambien de la extremada Extremadura,  
Gente que en guerra es fuerte y animosa,  
Y en el trabajo vigilante y dura;  
Toledo insigne y Burgos generosa,  
Cuya alta competencia siempre dura,  
Parece que aun en esto la tuvieron,  
Segun de bien aqui comparecieron.

Vinieron juntamente leoneses,  
Catalanes tambien y valencianos,  
Con los de Murcia y los aragoneses,  
Los navarros, gallegos y asturianos;  
Vinieron los robustos montañeses,  
Vizcaínos, alaveses, guipuzcuanos,  
Siguiéron invencibles y leales  
Las pisadas antiguas naturales.

Desde allí donde al fin Fuenterrabía  
Divide el franco reino del hispano,  
Hasta do el Betis su corriente fria  
En las hondas sepulta de Oceano,  
Ciudad, villa ni aldea ni alcaria  
Dejó de socorrer tarde ó temprano,  
Pues aun tú, sayagués simple, olvidado  
Tomas la espada y sueltas el arado.

Córdoba en su leal ayuntamiento  
Criar mas capitanes determina,  
Que vayan á allanar el alzamiento  
Con la planta real y prole anstrina;  
No callarán mis versos tu talento,  
Ni tu virtud heróica y peregrina,  
Magnánimo Luis Paez de Castillejo,  
Pues que de caballeros fuiste espejo.

Antiguo regidor era aprobado,  
Del bien de la republica celoso,  
Rico, grave, prudente, acreditado,  
Puntual, verdadero y muy lustroso;  
Pues, como capitán fuese nombrado  
De aquel senado ilustre y generoso,  
El cargo rehusó, y desta manera  
Soltó la voz, conforme á quien él era:

«Yo, mis hijos, mis deudos y criados  
Las armas tomaremos sin fatiga,  
Y á servir nuestro rey como soldados  
Irémos por la fe que nos obliga.  
Sin ser desta ciudad remunerados  
Ni que yo lleve oficio en esta figa;  
Para aquesto nacemos caballeros;  
Para aquesto es la sangre y los dineros.»

Oidas las palabras generosas,  
Replica la ciudad que el cargo acete;  
El con razones altas y honorosas  
De servir bien en él jura y promete;  
Mas aunque el interés en todas cosas,  
Aunque graves, se mezcla y entremete,  
Renunció y partió mano del salario  
Que se da á capitanes ordinario.

Del progreso que tuvo aqui no digo,  
Mas de que su persona fué estimada  
Del inclito don Juan, y que consigo  
Le trujo en la defensa de Granada;  
Si alguno me imputare que no sigo  
En estas alabanzas mi jornada,  
Contra la fama singular se atreve  
Que al valor extremado se le debe.

Y pues que la virtud comunicable  
Conviene que en los siglos venideros  
Suene de gente en gente y sea notable  
A los amigos della verdaderos,  
¿Quién callará tu nombre memorable,  
Don Francisco Zapata y de Cisneros,  
Tu ingenio, tu prudencia y tu gobierno,  
Oh nuevo Ulises, oh Catón moderno?

Por bien de nuestra patria venturosa  
Era gobernador entonces della  
Este, que con industria milagrosa,  
Al Rey sirviendo, se acredita en ella;  
Mientras Febo su luz muestra hermosa  
Ni mientras resplandece cada estrella,  
Deja de estar atento á la milicia,  
El ceptro administrando de justicia.

Es fama, es la verdad, es evidencia,  
Que á la cruel morisca exorbitancia  
Fué el que primero hizo resistencia,  
Socorros enviando de importancia;  
De suerte que venció con la prudencia  
La turbacion, el tiempo y la distancia,  
Pues fué el que por la mano dió á Granada  
Favor en su aflicion con mano armada.

Nunca el pastor de la celosa Juno  
Con sus cien ojos tuvo tal cuidado,  
Ni Roma gloriarse de hijo alguno  
Se puede al bien común mas inclinado;  
Por tanto, el que ministro fué oportuno,  
Al reino granadino rebelado,  
Abrió de preferirse larga senda  
En oficios, estado y en hacienda.

Los edificios que fundó excelentes  
En Córdoba le alaban cada dia,  
Y alabaránle nuestros descendientes  
Movidos de razon y cortesía;  
Las cristalinas y hermosas fuentes  
En su ruido dulce y armonía  
Celebrarán su nombre, y como efeto  
A su causa tendrán digno respeto.

Y tú, Sevilla, á quien el Oceano  
Tan rica hace ser y conocida,  
Canta en estilo heróico y soberano  
Deste varón la fama esclarecida,  
Pues el sitio que en tí, por ser mal sano,  
Era vivienda triste aborrecida,  
Le cultivó y labró con tal aviso,  
Que parece un terrestre paraíso;

Dando ejemplo á cualquiera á quien fortuna  
Su faz le muestre favorable y leda,  
Para que la ocasion goce oportuna,  
Y haga mientras vive el bien que pueda.  
Si el distrito que fué Estigia laguna,  
Agora es prado eliseo y alameda,  
¿Por qué el avaro, de razon ajeno,  
Nunca acierta á salir del torpe cieno?

## CANTO VII.

Visto que las cosas de la rebelion ofrecian cada dia nuevas dificultades, determina su majestad que el Comendador mayor se venga de Roma y traiga consigo el tercio de Nápoles. Abenhumeya hace un parlamento á los suyos. El señor don Juan entra en consejo de guerra y hace un sustancial razonamiento.

Ninguno en lo presente ó venidero  
Pretenda con sobrado atrevimiento  
Decir que guerra canto y exagero  
Que en substancia no fué de gran momento;  
Porque si el macedon terrible y fiero,  
Después del oriental allanamiento,  
De la empresa que trato se encargara,  
Difícil y dudosa la hallara.

Y tú, famoso epítan romano,  
Mas poderoso que tu madre Roma,  
Que dejaste de tí al linaje humano  
Ilustre invidia que lo esfuerza y doma;  
Si aqui llegaras con armada mano,  
Vieras que el decadente de Mahoma  
Te daba en qué entender mas que la Galia,  
Y mas que la contienda de Tesalia.

Y tú, Fernán Cortés, cuya hazaña  
Será en la tierra ejemplo sin segundo,  
Precio y honor del crédito de España,  
A quien rindió tu brazo un nuevo mundo;  
Si con aquel ardid, esfuerzo y maña  
Que al paganismo yerto, furibundo,  
Pusiste yugo, en esta guerra entraras,  
Ardua en las experiencias la juzgaras.

Vieras unas batallas no aplazadas  
Con enemigos torpes, cautelosos,  
Tus gentes divididas y sembradas  
Entre amigos perversos, alevosos;  
Vieras desde las cumbres elevadas  
De los montes desiertos, peñascosos,  
Armas llover, y los que así herian,  
Desparecer al punto que querian.

Vieras la confusion tan en su punto,  
Que, á un tiempo las mentiras y verdades  
Mezcladas, te mostraran un trasunto  
Compuesto de contrarias calidades;  
Y el medio requerirse tan á punto,  
Como en agudas suele enfermedades;  
Y así, entre los escándalos terribles  
Volar las ocasiones invisibles.

Que en otras guerras, donde abiertamente  
Es el honor el premio de ambas partes,  
Aunque es á todos licito y decente  
A sus tiempos usar manos artes,  
Vase atinando, en fin, principalmente  
A mostrarse los hombres nuevos Martes,  
El número se entiende, el dónde y cuando  
Los campos hacen alto ó van marchando.

Mas aqui van las cosas de otra suerte,  
Que gente hereje á Dios, al Rey traidora,  
Ni fama busca, ni á fineza advierte,  
Ni sus delictos graves sobredora;  
Acometen, á imagen de la muerte,  
Sin entenderse el dia ni la hora,  
Para causarnos daño entre si unidos,  
Y para recebillo divididos.

El socorro ordinario, el mar vecino,  
Espías y asechanzas por momentos;  
¿Oh buen don Juan, tu ingenio peregrino  
En qué golfo se ve de pensamientos!  
Tu facundo decir, alto y divino,  
Cuán bien se muestra en los razonamientos  
Cuando tus ojos claros y hermosos  
Lanzan del corazón rayos fogosos.

Tú remediabas con gentil crianza  
De cada cual las quejas y fastidios,  
Y moderabas con fiel balanza  
Los excesivos gastos y subsidios;  
En el alma sintiendo la ordenanza  
De las varias escoltas y presidios,  
Porque quisieras tú en un solo dia  
Por armas decidir esta porfia.

Usando pues así, en las ocasiones  
Del tiempo, del ingenio y del cuidado,  
La fama divulgó en claros pregones  
La virtud de aquel pecho señalado:  
Ya el uno se le da de los bastones  
Que en la casa real son cuatro un grado,  
Y á título de conde de su villa,  
Que llaman de Barajas en Castilla;

Ya atendiendo á sus partes y prudencia,  
Usar le mandan el mayor oficio,  
Para que goce de la precedencia  
De los que fué colega en su ejercicio,  
Con la importante y alta presidencia  
Que es de limpias noblezas solo el quicio,  
Estrecha puerta y religiosa llave,  
Digna grandeza de varón tan grave.

Mas todo lo ya dicho no es un cero  
Con lo que se dirá puesto en balanza,  
Pues apenas se ha visto caballero  
De quien hiciese rey tal confianza;  
Porque regir el orbe todo entero  
¿Qué tiene que hacer con la privanza  
Destar debajo del cesáreo techo,  
Custodia fidelísima del hecho?

Y haber desde el confín del lusitano  
Nuestro monarca, gloria de la gente,  
El mayor lauro da dote en la mano  
Y el supremo lugar de confidente;  
Dios al santo varón fiel y anciano  
De la Virgen y el Hijo omnipotente  
En guarda puso, y á tí el rey del suelo  
De sus hijos, su bien y su consuelo.

Salen de madre los crecidos rios,  
Y lleva su corriente caudalosa  
Tras si ganados y árboles sombríos,  
Vuelto el cristal en agua cenagosa;  
Solo el Nilo creciendo, oficios pios  
Hace en la egipcia tierra calurosa,  
Pues que todas las veces que la inunda  
La hace ser mas fértil y fecunda.

Tales soberbios suelen y hinchados  
Ser los mas favoritos poderosos,  
A sus provechos solos inclinados,  
Y á todo lo demás infrutuosos;  
Mas deste gran varón los extremados  
Efetos tales son de milagrosos,  
Que muestran su poder por otro estilo,  
A imitación del abundoso Nilo.

Al fin á su piedad y alma sencilla  
La majestad católica propicia,  
Le hizo presidente de Castilla  
Y oráculo supremo en la justicia;  
Desde donde gobierna la alta silla  
De suerte, que la invidia y la malicia  
No hallan qué oponelle, y espantadas,  
Están junto á sus piés arrodilladas.

Alégrate, Madrid, y vive ufano,  
Pues produjiste á España este tesoro,  
Y tú, Córdoba, el premio soberano  
Puedes solemnizar con buen decoro,  
Que si fué mina el pueblo cortesano,  
Tú crisol verdadero de su oro,  
Piedra de toque donde el regio Acates  
Dejó clara impresion de sus quilates.

Así que, si nació en su propia tierra,  
En la nuestra le vimos renacido;  
No haga pues el tiempo jamas guerra  
Buen donde, á tus loores con olvido;  
Que quien por obras gloria tal encierra  
Como de buena guerra has adquerido,  
Merece que su fama eternamente  
Engendre admiracion de gente en gente.

Pero tu ardiente pecho acomodando  
Al orden que del Rey te viene expreso,  
Los importantes medios vas guiando  
Al deseado fin del buen suceso;  
El de los Vélez, de su cargo usando,  
Tambien de los contrarios el exceso  
Por otra parte con industria enfrena,  
Siguiendo aquello que por ti se ordena.

Como desde el escándalo primero,  
Desta guerra los trances anteviese  
El rey nuestro, católico y severo,  
Y las dificultades entendiese,  
Había despachado mensajero  
A Italia, que saber luego hiciese  
Que venir a Granada convendría  
Un tercio viejo de la infantería.

Y que de Roma al punto vuelva rienda,  
Aunque ocupado está en cosas solemes,  
Ese que es el mayor de la Encomienda,  
Llamado don Luís de Requesenes,  
Para que al mismo allanamiento atienda,  
Como varon dotado de mil bienes,  
De lealtad y honra claro espejo,  
Fuerte en las armas, sabio en el consejo.

El tirano entre tanto administraba  
Con alta presunción torpe milicia,  
Y su nueva república fundaba  
En fueros violentos de malicia;  
Mas cautelosamente así guardaba  
En sus delictos sombra de justicia,  
Que era de sus ejércitos querido  
En aquel mismo grado que temido.

Los cuales convocó generalmente  
Para plazo y lugar constituido;  
El bando se esparció, y al continente  
Se vió al pie de la letra obedecido;  
En un valle capaz y conveniente,  
De montes apacibles guarnecido,  
Ordenó que esta junta se hiciese,  
Porque el efecto della se cumpliese.

Era el sitio conforme á su deseo,  
A forma circular tan semejante,  
Que parecia un alto coliseo,  
Obra soberbia de ciudad triunfante;  
Unido pues allí el linaje reo  
Con tumulto confuso y arrogante,  
En medio se mostró el feroz caudillo;  
Y así, callaron todos para oírlo.

Alzóse en pie, y con voz grave y sonora  
Se hizo oír, hablando desta guisa:  
«Oh brava nacion mía, y defensora  
De mi antigua y legítima divisa,  
Por quien España vuelve desde agora  
En triste llanto la pasada risa,  
Y siendo á todo el orbe espada cruda,  
Los golpes de las vuestras teme y duda!»

«Despertad, como hijos de leones,  
Al son de los bramidos maternales,  
Y no desconozcais las ocasiones  
Que ofrecen medicina á vuestros males;  
Rey soy, y rey me llaman mil naciones,  
Merced de vuestros ánimos leales,  
Que opuestos contra tiempo y su aspereza,  
Me restituyen mi real grandeza.

«La cual he yo aceptado por libraros  
De aquella vergonzosa servidumbre,  
En que no fué posible conservaros  
El hábito que causa la costumbre;  
Que no es mi pretension avasallaros  
Con gravedad fundada en pesadumbre,  
Ni por cosa que importé á mi provecho  
Defraudar al menor de su derecho.

«Solo adorando el hado que me llama  
A la cumbre mas alta de ventura,  
Quiero haber por vosotros gloria y fama,  
Y que tengais por mi vida segura;  
Seguid pues vuestro rey, que mucho os ama,  
Y no penseis que un tiempo siempre dura;  
Es la bonanza fin de la tempesta,  
Y el de la guerra paz, descanso y fiesta.

«Ninguno pues su esfuerzo desanime  
Porque don Juan conmigo á lidiar viene;  
Antes se alegre dello, antes lo estime  
Cualquiera, pues que tanto me conviene;  
El gran Selim, emperador sublime,  
Los ojos puestos en nosotros tiene,  
Y si á darnos ayuda no ha venido,  
Es porque el poder nuestro no ha creído.

«Mas agora, sabiendo la venida  
Del mozo austrino, entenderá en la nueva  
Que tengo á España en confusión metida,  
Y mi valor verá sin otra prueba;  
Verá mi razon clara y conocida  
Y los principios prósperos que lleva,  
Y querrá ser partícipe conmigo  
En la demanda ilustre que prosigo.

«Pues de la tierra misma comarcana  
No hay para qué, pues lo sabeis, yo diga,  
Ni que las gentes de la Vega llana  
Y Málaga conmigo quieren liga.  
En la sierra de Ronda ¿quién no afana  
Por darse en sacrificio á mi fatiga?  
¿Qué morisco hay en Ronda ni en Valencia  
Que no desee rendirme la obediencia?»

«Y el Albayzin, que en levantarse tarda,  
No penseis que por eso está durmiendo;  
Velando vive, y ocasion aguarda  
Para cumplir mejor cuanto pretendo;  
Mas ¿de qué sirve, multitud gallarda,  
Tardar sobre este caso discutiendo?  
Pues, cuando otra esperanza no tuviera,  
La vuestra victorioso me hiciera.

«En especial habiéndolos reducido  
A Dalí, general que loar no quiero,  
Pues que su valor raro y conocido  
Le loa en todo el Artico hemisfero;  
El orden bien nos consta que ha traído  
Del rey de Argel, mi amigo verdadero;  
Y así, es mi voluntad que se obedezca  
En cualquiera ocurrencia que se ofrezca.

«Y vosotros, soldados extranjeros,  
Que, tanto mar y tierra atravesando,  
Mi nombre engrandecéis y altos agneros,  
Los vuestros para siempre eternizando;  
Si digno galardón puedo ofreceros  
A tanto beneficio, yo os le mando,  
Y de que en mi tendréis perfecto amigo,  
El tiempo solo os doy para testigo.

«Ventureros seréis, y venturosos  
Os haga Alá, que yo os iré subiendo  
De día en día á cargos muy honrosos,  
A vuestras partes atención teniendo;  
Vosotros, capitanes valerosos,  
Oid en suma aquello que pretendo  
De Almojajar, y en publico se lea,  
Porque á todos tambien notorio sea.»

Entonces el astuto secretario  
Una instruccion sacó del seno escrita,  
Formados los renglones al contrario  
Segun la usanza árabe exquisita;  
Leyóla en alta voz en su ordinario  
Lenguaje, á tono de hombre que recita;  
Mas, cuanto allí explicó en algarabía,  
Sacado en castellano, así decía:

«Abenhumeya, rey esclarecido,  
Del gran Profeta nieto y heredero:  
Mando á mis capitanes que, sabido  
Este decreto nuestro por entero,  
Sea sin faltar punto obedecido,  
Conforme como en él lo mando y quiero;  
Que así es á mi corona conveniente;  
El tenor de lo cual es lo siguiente:

«Por cuanto en esta guerra se porfia,  
No por una mujer libidinosa,  
Causa que á la gretana senoría  
Hizo armar contra Friga la famosa,  
Ni por acrecentar la monarquía,  
Como hacía Roma la ambiciosa,  
Vertiendo sangre de sus claros hombres,  
Solo por adquirirse vanos nombres;

«Ni por otras invidias ni rancores  
Que suelen engendrar causas livianas,  
Y alimentar de mínimos rumores  
Sañas terribles, iras inhumanas;  
Antes por ocasiones las mayores  
Que pueden ofrecer leyes humanas,  
Con las divinas y las naturales,  
Y por mas altos premios y esenciales,

«El reino que me toca pretendemos,  
Con religion contraria batallamos,  
A libertad pacífica atendemos,  
Honor, riqueza y fama procuramos;  
Conviene pues que todos los extremos  
De la tierra incitemos y movamos  
Con nuestro ejemplo, y cada cual entienda  
Que va del mal al bien abriendo senda.

«Y aunque esto por sí toca á cada uno,  
Obliga en especial los capitanes  
A no perder jamás trance oportuno  
En el rigor de Marte y sus afanes;  
Sueno es pensar que hado hay importuno,  
Ni que fortuna adversa usa desmanes:  
El hado y la fortuna de la guerra  
En la fuerza y ardid solo se encierra.

«Así que, pues las fuerzas se han doblado  
De las gentes que signen mi estandarte,  
Quiero que con la industria y el cuidado  
Crezca el poder, y con el uso el arte;  
Para lo cual está determinado  
Que deste gran ejército una parte  
Se divida, y que siga desde hoy día  
A cada capitán su compañía.

«Quedando pues mi campo guarnecido,  
Con todos los demás que no refiero,  
Nombraré desde aquí los que elegido  
Tengo para el intento que profiero:  
Abencerraje, el bravo y atrevido,  
Y el valiente y sagaz Puertocarrero;  
Del mar discurrea aquel la playa fria,  
Este defiende el rio de Almería.

«Nacoz, mi capitán, que al africano  
Anibal en el fecho de armas llega,  
Corra todo el contorno y fértil llano  
Del pueblo ibérico y la espaciosa vega,  
Y de Orgiva el presidio haga vano,  
Tomando las escoltas por refriega;  
Provechosas y fáciles empresas,  
Y para los soldados ricas presas.

«Vaya el Barajali por donde bate  
De Alcazar el torcido y fresco rio;  
El de Almuñecar corra el Arrendate;  
Las Albuñuelas á Pocon le fio;  
El Habaquí hará cruel combate  
En el Cenete hasta que sea mio;  
Jiron gane en Jayeva clara fama,  
Y el buen Jorge el Pelete en la de Alhama.

«Solicitos, astutos, atentados  
Habeis de andar, y armados de cautela,  
Dejando hombres á trechos señalados,  
Que hagan de ordinario centinela  
En sitios tan sublimes y elevados,  
Que el veloz curso con que el tiempo vuela  
No pueda adelantarse á la presteza  
De vuestros contrasenos y destreza.

«Y, en fin, porque de todo es imposible  
Daros expreso aviso de presente,  
Pues el mas verdadero y conveniente  
Está de los sucesos dependiente,  
Solo os encargo mas cuanto es posible,  
Y á todos como sois generalmente,  
Os pido que atendais á mi servicio,  
Pues es vuestra salud y beneficio.

«La cual, si por discordia ó desvario  
Dejais de obedecerme, va perdida,  
Pues no hay sin mí en la tierra poderio  
Que no os tiranizase honor y vida;  
Y aqueste venerable cuerpo mio,  
Con ignominia vuestra aborrecida,  
Seria condenado á mil alreñas,  
A mil muertes esquivas y sangrientas.

«Por tanto, sin flaqueza ni mudanza,  
Os conservad á suerte mas dichosa,  
Y cumpliendo el deber con mi esperanza,  
Haced vuestra razon tan poderosa,  
Que don Juan de Austria entienda en la pujanza  
De vuestros brazos fuertes, que no es cosa  
Segura competir con mi grandeza,  
Fundada en vuestro bien y fortaleza.»

Oída la instruccion y parlamento,  
Comenzó el vulgo, que suspenso estaba,  
A murmurar, cual suelen con el viento  
Las ondas que alza el mar con fuerza brava;  
Y bien de aplauso fué claro argumento  
Aquel alto clamor que se escuchaba;  
Pero notemos otro que se entona  
En el soberbio golfo de Narbona.

Llegó del Rey el orden duplicado  
Al gran Comendador, que en Roma estaba,  
Poniéndole delante aquel recado  
Y priesa que á partirse le obligaba  
Con el florido tercio que alojado  
En el reino de Nápoles estaba,  
Por ser de gente ejercitada y fina  
En la armigera escuela y disciplina.

Y que haga sacar de Lombardía  
Lucidos coasetes y morriones,  
Arcabuces y gruesa artillería,  
Maestros de tiralla y municiones,  
Para que se arme bien la infantería,  
Formando al menester sus escuadrones,  
Y no pueda el contrario estar seguro  
En fuerte roca ni fosado muro.

«Oh, cómo al español gallardo y fiero  
Desplugo aquella nueva escandalosa!  
Cómo se avergonzó de que el ibero  
Reino tuviese guerra tan odiosa!  
Y como de la Iglesia aquel sincero  
Pastor lloró con alma piadosa!  
Digo el vicario justo, Quinto Pio,  
Siervo de quien le dió libre albedrio.

En devota oracion noches y dias  
Lameó por España, su querida,  
Como hizo otro tiempo Jeremías  
Sobre Jerusalem entristecida,  
Administrando por honestas vias  
Consuelo al Rey y aliento á la partida  
De la española gente que de Italia  
Había de pasar á la Vandalia.

No sin gran sentimiento y maravilla  
De Nápoles gentil partía orgulloso  
El tercio de don Pedro de Padilla,  
Tenido por guerrero valeroso;  
Del buen adelantado de Castilla  
Traía origen claro y generoso,  
Y aun se decía que de buen soldado  
Tambien era don Pedro adelantado.

Salen con él valientes capitanes  
Y gente diestra bien disciplinada,  
Alféreces bizarros y galanes,  
Aptos á toda empresa señalada;  
Desde ventanas, puertas y desvanes  
Los mira la ciudad maravillada;  
Ellos, al son de caja procediendo,  
Se van á la marina recogiendo.

Puestos ya todos sobre las galeras,  
Lucidos con sus armas relumbraban,  
Y al aire tremolando las banderas,  
Las ondas parecían que imitaban;  
Las cajas roncadas, aunque placenteras,  
Con helicoso estruendo retumbaban;  
Mas luego, al punto que el partir se aprueba,  
Tocó la capitana: «Leva, leva.»

Dejada atrás la gran Partenopea,  
Pasan sulcando el fértil seno Ausonio,  
Del valle antiguo donde la Cuma  
Daba de lo futuro testimonio;  
Y ven de paso la region circea  
Costeando contra por Favonio,  
Hasta llegar á la ciudad que el ama  
Del troyano dejó renombre y fama.

Las proas todavía al occidente,  
La playa atravesando nuestra armada,  
Llegó donde, entregándose al tridente,  
El Tíbre pone fin á su jornada;  
Allí el Comendador, mas diligente,  
Llegó, que en hora bien afortunada,  
Y embarcado con salva y homenaje,  
Se zarpó el ferro y prosiguió el viaje.

A vela y remo hienden noche y día  
El mar de la Toscana con presteza;  
Ya el Argentario atrás quedado había,  
Plombin, Liorna y Elba fortaleza;  
El golfo de la Especia parecía,  
Y el puerto insigne, así por su grandeza  
Como por segurísimo, á la diestra  
Se deja, y la alta Génova se muestra.

Dióse allí fondo, y fueron embarcadas  
Las milanesas armas que por tierra  
Habían antes sido acarreadas  
Para el efecto de la servil guerra;  
Don Luis, prosiguiendo sus jornadas,  
La vuelta ha de ir de España tierra á tierra;  
Mas el de Santa Cruz por altos mares  
Ha de correr las islas Baleares.

Y vaya por do fuere su camino;  
Que ya mi verso es justo que lo siga,  
Celebrando su hado peregrino,  
Su heroico esfuerzo y su fortuna amiga;  
Lepanto le dará, y aun Navarino,  
Naval corona por feliz fatiga,  
Sobre infinitas otras que su frente  
Con digno aplauso cimen dignamente.

Tranquilo pues estaba el mar profundo  
Cuando en modo cortés se despedieron  
Los dos caudillos á buscar del mundo  
Las partes que por suerte les cupieron;  
Sanos discursos con hablar facundo  
En los coloquios últimos hicieron,  
Útiles todos al real servicio  
Y al público decoro y beneficio.

El Marqués, con su escuadra de galeras,  
Comienza á navegar por mediodía;  
Don Luis por las fértiles riberas  
Que están entre el Tirreno y Lombardia;  
Pasando luego á Niza y á Islasderas,  
Continuaba su derecha vía,  
Y de Tolon de Francia, á vista della,  
Fué á parar en las pomas de Marsella.

El de Bazan en tanto el mar sulcaba  
La vuelta de Cerdeña la abundosa  
A toda furia, porque amenazaba  
El tiempo con tormenta procelosa;  
Y así, el de la Encomienda surto estaba  
Aunque cualquier tardanza le era odiosa;  
Mas muy en breve borrascosos vientos  
Serán causa de extraños movimientos.

No había falta dellos en España,  
Ni estaban invernando sus galeras;  
Antes corren la costa que el mar baña,  
Mas que nunca alistadas y ligeras,  
Usando aquel ardid, industria y maña  
Que suele requerirse en muchas veras,  
Para estorbar á nuestros adversarios  
El refresco y socorros ordinarios.

Y vituallar también algunas plazas  
Que están de aquel distrito á la marina,  
Echar en tierra gente, y dar las trazas  
Que la ocasion por buenas determina;  
Por horas se ofrecía darse cazas,  
Mas era la frecuencia tan continua  
De los bajeles, que aunque se tomaba  
Gran parte dellos, mucha se salvaba.

La novedad, la guerra, la codicia,  
La invidia natural y odio nativo,  
Y otros designios llenos de malicia  
Mueven el reino de la Libia esquivo;  
De suerte que da el padre por primicia,  
Para la ejecución deste motivo,  
Al hijo, y queda lleno de consuelo,  
Como si caminar le viese al cielo.

Tú, don Sancho de Leyva, aquí asistias  
Por general, aunque con tu experiencia,  
Valor y entendimiento bien podias  
Tener de todo el mar la preeminencia;  
Las canas blancas, que los largos dias  
Dan por honroso lustre á tu presencia,  
Con el color primero que tuvieron,  
Profesando la guerra te nacieron.

Mas ya que el ciego arbitrio de fortuna  
No te ensalzó con bienes temporales,  
Por ser tú á quien debajo de la luna  
Nadie excedió en los bienes naturales,  
No borrará á lo menos la importuna  
Tus obras y blasones inmortales;  
Jamás de tu renombre esclarecido  
La fama escurecer podrá el olvido.

Ni será la menor de tus hazañas  
Esta en que al Rey sirviendo te ejercitas  
Pues con sangre y sudor de tus entrañas  
El reparo de España solicitas.  
Si entre proezas tantas y tamañas  
Como del gran Pompeyo están escritas,  
Se pondera y alaba en sumo grado  
El haber los cosarios disipado.

Sin duda tú eres digno de alabanza  
Igual por semejante beneficio;  
Mas; oh ramo de Leyvas y esperanza  
Por quien del hado el disponer propicio  
Tercera vez se afirma, y sin mudanza  
Al orbe quiere dar notable indicio  
Que desta insigne casa habrá contino  
Varones de talento peregrino!

¿Quién del señor Antonio no ha sentido  
Los títulos famosos de guerrero,  
Tio paterno deste tan valido,  
Y en todo generoso caballero?  
El cual es á saber que ha producido  
Un Alonso por hijo y heredero,  
Que desde fierna edad da testimonio  
Del delito don Sancho y claro Antonio.

Sobre el tercero lustro de su vida  
Había el delio rayo calentado  
Solos tres veces la cerviz lucida  
Del toro incorruptible plateado;  
Con esta juventud verde y florida  
Andaba del anciano padre al lado,  
Haciendo injurias á la horrible muerte  
Con alto corazon y brazo fuerte.

La viva luz del claro entendimiento,  
La liberalidad, la cortesía,  
La buena inclinacion, y otras sin cuento  
Amables propiedades que tenía,  
Hacían en los pechos tal asiento  
De todos los soldados que allí había,  
Que cada cual le sirve, alaba y quiere,  
Y á dar por él la vida se profiere.

Negocio de importancia incomparable  
Es á quien rige y acaudilla gente  
El ser de condicion blanda y amable,  
Sin perder el decoro que es decente;  
Y suerte desastrada y miserable  
Sujeta á todo gran inconveniente,  
Vispera del mayor, que es ser vencido  
Por el contrario, es ser aborrecido.

Y así, de lo bienquisto que allí estaba  
Y de su esfuerzo y ánimo brioso  
Al jóven don Alonso redundaba  
Principio en sus designios milagroso;  
Con armado escuadron desembarcaba  
A combatir, y siempre victorioso  
A su padre carísimo volvia,  
Úfano con despojos que traía.

Mal se puede esconder la clara llama;  
No puede la virtud estar secreta:  
Ya al Rey en alta voz hace la fama  
Del raro mozo relacion perfeta;  
Ya el gran Monarca sus quilates ama,  
Y su especial persona le es aceta;  
Ya por el caso con la edad dispensa,  
Y en cargos nobles preferille piensa.

Largo cuento parece que sería  
Decir como le dió la precedencia  
Sobre veinte galeras, donde había  
Varones dignos de alta preeminencia,  
Ni como al tiempo que la guerra ardia,  
Dentro de Flándes con mayor violencia,  
Pasó, rompiendo por cien mil afanes,  
Por capitán de ilustres capitanes.

Junta la compañía mas famosa  
Que á bandera jamás se vió alistada,  
Atravesó con maña generosa  
Los Alpes frios en sazón helada,  
Pagando de su mano valerosa  
El gasto y provision de la jornada,  
Como quien por un punto de honra diera  
El mundo todo si él lo poseyera.

Mas el Abenhumeya, confiado  
De día en día mas en sus intentos,  
Vino con su real, determinado  
A Órgiva prostrar por los cimientos,  
Aunque don Juan en ella estaba armado,  
El de Mendoza, cuyos pensamientos,  
Talle y disposicion de gentil hombre  
Le dieron de galan firme renombre.

Este la gente allí disciplinaba  
En la milicia, no sin gran destreza,  
Y aquel presidio mas fortificaba,  
Que parecía posible á su flaqueza;  
En lo cual el tirano se fundaba,  
Especialmente que tenía certeza  
De que faltaban dentro provisiones,  
Sobrando enfermedades y aficiones.

Sabido su designio y el urgente  
Peligro á que la villa estar debria,  
Su alteza proveyó que prestamente  
Del Padul se partiese el mismo día  
Una escolta abastada y suficiente,  
Asegurada con la compañía  
Que rige Diego Chaves de Orellana,  
Capitán de la gente trujillana.

Hallóse la instruccion tan mal dispuesto,  
Que no pudo emprender aquel camino;  
Y así, partió su alférez con el resto,  
Conforme lo ordenaba su destino;  
Nacoz, que tuvo al punto aviso desto,  
Con selectos hombres sobrevino,  
Y puesto en asechancia y emboscada,  
Quiso asaltar la gente descuidada.

La suya pues con diligencia apresta,  
El sitio reconoce, el tiempo mide;  
Parte pone de Talora en la cuesta,  
Junto á un arroyo que el lugar divide,  
Parte en las casas del dega traspiesta  
Con el secreto que el negocio pide,  
Los nuestros marchan sin cuidado alguno,  
Solo el cansancio hallan importuno.

Habían pasado ya de los primeros  
Que en la eminencia estaban emboscados,  
Cuando por el lugar los delanteros  
Terriblemente fueron asaltados;  
Dieron los de la cuesta en los postreros,  
Dos mangas repartiendo á los dos lados,  
Con un tropel tan grande y vocería,  
Que toda la campana ensordecía.

¿De qué sirve á los nuestros ser nacidos  
En Trujillo, ciudad de Extremadura,  
Productora de hombres escogidos  
Para la condicion de Marte dura,  
Si, con astucia siendo prevenidos,  
Les hace guerra el sitio y coyuntura,  
Y gana el juego el bárbaro inhumano,  
Por cuatrocientos tiros y la mano?

El sobresalto al caso no esperado  
Sigue, y al sobresalto el torpe miedo;  
El desorden al miedo desastrado,  
Que turba la razon, fuerza y denuedo:  
Tal fué el destrozado fiero y despiadado  
Que vino á resultar de aquel enredo,  
Que, de mas de docientos y cincuenta  
Soldados, escaparon dos por cuenta.

Perdiéronse bagajes, bagajeros,  
Municion, bastimento, armas, moneda,  
Todo por no guardar los justos fueros  
Con que el ardid prudente manda y veda;  
Que si con pronta vista y piés ligeros  
Echaba cercos la atalaya leda,  
El peligro inminente se mostrara  
Al tiempo que el efecto se excusara.

Y no que fuesen causa los excesos  
De un alférez altivo y orgulloso  
Para dar á sentir tristes sucesos  
Al de Austria insigne y bando religioso,  
Yense hoy en día blanquear los huesos  
En medio de aquel campo sanguinoso,  
De trujillanos lúgubre memoria,  
Del perdido Nacoz clara victoria.

Con otra novedad exorbitante  
Aquellos dias se encendió la guerra,  
Y fué que en Vélez-Málaga abundante  
Se alzó de Ventomiz toda la sierra;  
La fama con la trompa resonante  
Al arma escandalosa dió en la tierra  
Que es llave de la rica Andalucía,  
Y el eco se escuchó en la Berbería.

El buen hijo de Carlos, entendida  
La nueva sedicion, vió en la experiencia  
Habelle del Rey sido cometida  
Empresa grave mas que de apariencia;  
Y aunque antes era del bien conocida,  
De Luis Quijada alaba la prudencia,  
Que le pronosticó diversas vueltas,  
De aquel gran labirinto las revueltas.

Cual arquitecto raro por su arte  
Que reparando presa lo ejercita,  
Y mientras con estudio en una parte  
La fábrica importante solicita,  
Por otra ve romperse el baluarte,  
Y el agua que por él se precipita  
A su despecho pasa murmurando,  
La industria de su ingenio despreciando;

Tal del caso se ofende y se resiente,  
Aunque en lugar remoto y apartado,  
El bravo corazon de aquel valiente  
Caudillo de Austria, en armas señalado;  
Ayunta su consejo prestamente,  
Y con su estilo facil y timado,  
Estando los demás todos atentos,  
La grave voz saltó en tales acentos:

«Cosas ocurren al discurso humano,  
A prima faz con frente tan oscura,  
Que obligan á entender que será vano  
Cuanto en comprehendellas se procura;  
Mas cuando la razon toma la mano  
De sufrimiento armada y de cordura,  
Del piélago profundo sale al puerto,  
Y de lo mas dudoso á lo mas cierto.

»Así que, no debemos; oh señores!  
Dar nuestra inteligencia por vencida  
Al no pensado golpe de rumores,  
Ni á la cautela leve y escondida;  
Que suelen los cuidados veladores  
Hallar en la perfidia endurecida  
Del enemigo astuto avisos tales,  
Que sacan bienes de los mismos males.

»De haberse Ventomiz en arma puesto,  
Sin ser á tal insulto compelido,  
Resulta indicio claro y manifesto  
De que está todo el reino corrompido;  
Y siendo aqueste firme presupuesto,  
Debe ser el peligro prevenido,  
Curando la raíz, que está en Granada,  
Hasta el mas hondo abismo apoderada.

»Pedir á mi señor y hermano quiero,  
Con vuestro parecer, que se trasplante  
El Albayzin por todo el reino ibero  
Que no confina con el mar de Atlante;  
Y será beneficio verdadero  
Quitarnos estos trasgos de delante,  
Que llave falsa son de mis secretos,  
Y causa de otros mil malos efectos.

»La venganza del bando de Trujillo  
Y de Órgiva el estado sospechoso  
Remito al sagacísimo caudillo  
Duque de Sesa, fuerte y valeroso;  
Que no es pequeña gloria al reyecillo  
Dalle competidor tan poderoso,  
Ni el debe desdenarse de enemigo  
Que emprende y osa contrastar conmigo.

»A la conjuración que se recrece,  
Málaga y Vélez-Málaga, á quien toca,  
Resistirán muy bien, pues que parece  
Está el de Vélez á distancia poca,  
Cuya prudencia militar florece,  
Y mas, que en este caso le provoca  
Amor y obligación de propio estado,  
Que son velas y remos al cuidado.

»Al tercio que de Nápoles se espera,  
Luego que á vista de Adra en tierra salte,  
Le ordenaré que la facion primera  
Sea que á Ventomiz furioso asalte  
Con orden de milicia verdadera,  
Como soldados que han de ser esmalte,  
Ejemplo y forma de los menos diestros,  
Pues el uso hacer puede maestros.

»Verdad es que me tiene ya impaciente  
El ir con pié de plomo y paso lento;  
Mas visto que conviene de presente,  
Procuró quietar mi pensamiento;  
La cura de los males vehemente  
No se hace al principio de su aumento;  
Limpiar al crudo humor no es bien seguro,  
Porque es cortar el fruto no maduro.

»Mas cuando la sagaz naturaleza,  
Aunque del accidente repremida,  
Se esfuerza, y molifica la crudeza  
Que por las venas anda repartida,  
La casia y mana se usan con destreza;  
La odiosa enfermedad queda vencida:  
Tal es, sabios guerreros, la figura  
De cuanto por nosotros se procura.

»Al Rey nuestro señor y á su consejo  
Les parece llevar este camino,  
Para que con mas fácil aparejo  
Se cure el frenesi luciferino;  
Después todos irán por un parejo,  
Todo será rigor fiero y sanguino,  
Hasta que la malicia desfallezca,  
Y el reino granadino convalezca.

»Por una parte marchará el de Sesa,  
El de Vélez por otra, y yo en campaña  
Tambien saldré, y en esta santa empresa  
Seguir nos ha la flor de toda España;  
Entonces, como el agua de represa  
Rompe al salir con furia mas extraña,  
La dilación pasada suplirémos,  
Y á hierro, fuego y sangre lidiaremos.

»Entre tanto la buena diligencia,  
El proceder según las ocasiones  
Bien se debe fiar de la prudencia  
Que ilustra nuestro ser, claros varones;  
Con los presidios gran correspondencia,  
Gruesas escoltas, buenas municiones,  
Caballos de ordinario por las playas,  
Espías dobles, diestras atalayas.»

Suspense el alto tribunal estaba  
Al proponer del príncipe sabroso,  
El cual á las razones aplicaba  
Tan á tiempo el afecto poderoso,  
Que, no solo su intento comprobaba  
Como orador grandilocuo famoso,  
Mas con gracia del cielo que tenía,  
Amor con las palabras infundía.

Todos los valerosos circunstantes  
Con alto aplauso en todo condecienden,  
Y dicen que en decretos semejantes  
Testigos solamente ser entienden,  
Pues los razonamientos elegantes  
Del Austria tanto bueno comprehenden;  
Mas, como saben cierto que es modesto,  
Sin dalle parte tratan lo mas desto.

Mientras esto en la Bética se cuenta,  
Volando atravesaba el Perineo,  
Con un pliego del Rey á las cuarenta,  
Cierta diligentísimo correo;  
La Francia pasa hasta la opulenta  
Marítima ciudad que por trofeo  
Tiene la cueva donde Magdalena  
Con lágrimas lavó su culpa y pena.

Allí al de Requeneses detenido  
Halló con las galeras, no en el puerto  
Por algunos recelos, mas metido  
En las Pomas, abrigo áspero y yerto;  
Abierto aquel despacho y entendido,  
De su rey y señor, el órden cierto  
Era que se aplicase fuerza y maña  
Hasta poder tomar tierra en España.

## CANTO VIII.

El Comendador mayor parte de las Pomas, corre tormenta, y perdida parte de su armada, llega la demás á Cerdeña. El de Santa Cruz la rehace y va con ella á Barcelona, donde la entrega al Comendador mayor, el cual va á tomar tierra en Adra, y la primera cosa que emprende es romper la gente de Ventomiz.

»Oh mal presago entendimiento humano,  
Del hado porvenir oscuro y fuerte!  
»Por qué te has de elevar ligero y vano  
En la inconstante favorable suerte,  
Sin guardar modo ni consejo sano  
Que después en el mal puedan valerte,  
Ni pensar que á las breves alegrías  
Sucedan de pesar prolijos días?

Ni que del dulce peligroso engaño,  
Cebado en lisonjera confianza,  
Te viene á resultar inmenso daño,  
Daño que vence el seso y la templanza.  
»Quién hay pues, de sentido tan extraño,  
Que extrañe de las cosas la mudanza?  
Pues no le es menos propia á cada una  
Que dar luz en el mundo á sol y luna.

A los cuales tampoco es permitido  
Parar con sus esferas un momento;  
Siguen las otras cinco este partido;  
El mismo sigue el claro firmamento.  
Todo sobre los polos impelió  
Obedece la ley y movimiento  
De aquel cerco veloz que determina  
El curso de la máquina divina.

De quien diversas son las impresiones,  
Diversos los efectos y porfías:  
El año muda tiempos y sazones,  
Varios y desiguales son los días;  
Discordia, furor, guerra, alteraciones,  
Traban los elementos por mil vías;  
No vemos cosa, al fin, á quien no ofenda  
Un especial linaje de contienda.

Mas la cruda ambición de los mortales,  
No en limite medida ni acabada,  
Halló con nueva industria nuevos males  
Para una vida corta y limitada;  
Casas labró de leños funerales  
En region solitaria despoblada;  
El agua es su mas firme fundamento,  
Y llevallas do quiere el vago viento;

Cuya violencia y animosa saña  
Los dos segundos cuartos de la luna  
Tuvo al comendador mayor de España  
En las Pomas cercado de fortuna.  
Bien se lamenta que el tardar le daña;  
Todo le affige, todo le importuna,  
Y con el pensamiento fatigado,  
Esta imitando el mismo mar turbado.

Nunca se vió piloto mas atento  
A contemplar los astros, que él estaba;  
Ya de Febo el ocaso y nacimiento,  
Ya de su hermana el cuerno nivelaba.  
Estando un día en este descontento,  
Vió una escuadra de velas que pasaba  
A Italia, y sabe ser de Juan Andrea,  
Mas no es posible que con él se vea.

Royóle el corazón envidia honrosa,  
Y dijo con despecho: «¿A cuándo aguardo?  
»Qué fin ha de tener mi estado ocioso?  
Mi dilatar prolijo en vano tardo.  
Navegan otros con sazón dichosa,  
Llevando viento próspero y gallardo,  
»Y estoyme yo silogizando agüeros  
De tímidos y rudos marineros!

»Oh rey de España venerable y pio!  
»Cómo imputar podrás mi negligencia,  
Tratándome con áspero desvío  
Cuando estuviere en tu real presencia?  
Y sabe Dios que algún defecto mio  
No sabe en este caso mi conciencia;  
»Sábelo mi salud, que manifiesta  
La grave pena que el tardar me cuesta.

»Id, cómitre, y dad punto á esas galeras,  
Encareciendo mucho mi deseo  
A los de vuestro oficio, y cuan de veras  
Convenga rehusar este rodeo;  
Sabed sus intenciones verdaderas,  
Que ya estarán conformes, según creo:  
»Paréceme que el tiempo se compone,  
Y el mar á la partencia se dispone.»

»¿A quién desea que no se le antoja  
Conforme á la opinión de su accidente?  
»¿Qué parecer contrario no le enoja,  
Por mas que le aconseje cuerdatamente?  
Parte el ministro, y á volver la hoja  
Comienzan los demás ligeramente;  
Responden no conforme á como entienden,  
Mas piensan acertar si condecienden.

»Oh contrapeso grave mal seguro,  
Recia pensión impuesta sobre el mando,  
El tarde ó nunca oír lenguaje puro  
De quien por su interés no esté adulando!  
Nublado estaba el cielo, el aire oscuro,  
Y el mar tempestuoso amenazando,  
»Cuando el partir se confirmó por justo  
De muchos votos, solo por un gusto.

Y porque la partida desdichada  
En aquel trance inevitable fuese,  
No se esperó, como es costumbre usada,  
Que la primera guardia se rindiese,  
Ni que al dejar Diana su posada,  
Señas del tiempo en el semblante diese,  
»Siendo de navegantes observancia  
Aun en casos de menos importancia;

Ni siquiera, al tocar otro hemisfero,  
Ver en qué aspecto Febo se ponía;  
Antes con priesa de siniestro agüero  
No esperan á que pase todo el día,  
Diciendo que por esto el venidero  
La catalana tierra se vería  
»En hora singular para tomalla,  
Y que llegar de noche será erralla.

La seña con tristísimo lamento  
Hirió el aire, formando un son doliente,  
Cuando la chusma del profundo asiento  
Con maña y fuerza arranca el corvo diente,  
Las velas altas dando al fresco viento,  
Y los remos al húmedo tridente;  
»Rechinaron las jarcias y ataduras,  
Y gimieron apriesa las junturas.

A orza iban cortando el mar undoso,  
No sin dificultad, las proas duras,  
Y en medio del camino trabajoso  
Formaban entre sí varias figuras;  
Como al fin del otoño fructuoso  
Vemos pasar hendiendo las alturas  
»Las aves de la Tracia vigilantes,  
En este ardid al hombre semejantes.

Después que ya se fueron engolfando  
Como ordenaba su cruel destino,  
Al claro día el sol tras sí llevando,  
La tenebrosa noche sobrevino;  
En las cerúleas ondas estampando  
Su rostro disformísimo y malino,  
»Las estrellas cubrió de un negro manto,  
Y á los hombres de horror y de quebranto.

Ellos pasaban pues desta manera,  
Cuidosos del peligro y del viaje,  
Tanto, que cada cual por bien tuviera  
Desistir por entonces del pasaje;  
Cuando con furia repentina y fiera  
Del crudo viento el aspero coraje  
Las velas impelió precipitado,  
Bramando en son terrible y desusado.

Un lánguido clamor de triste gente  
Se levanta en el aire estremecido  
Al mismo punto, y en el mar ferviente  
Luchan las bravas ondas con ruido;  
Truenan los polos espantosamente,  
Abrese el cielo en llamas encendido,  
»Y en los ilustres pechos de varones  
Tiemblan los invencibles corazones.

Resuenan voces roncas y alteradas:  
»Amaina, amaina, borda y haz el trece!»  
Las velas tesas, desapoderadas,  
Resisten á la industria y al deseo,  
Y llevan las galeras quebrantadas  
Por montes de agua, no sin gran rodeo;  
»Que ya la quilla toca el hondo suelo,  
Ya el garcés se levanta hasta el cielo.

Un desmayo mortal, una agonía,  
Un confuso gemir y triste llanto;  
La negra escuridad y sombra fría,  
Causas y efectos de terrible espanto,  
No dejan discurrir la fantasía;  
Que turba los sentidos dolor tanto,  
»Y suele un grave mal, siendo temido,  
Mayor tormento dar que padecido.

El viento mas y mas se desenfrena  
Con impetu soberbio y borrascoso,  
Y hace tal violencia en una entena,  
Que arroja el árbol roto al mar undoso;  
Estanca la galera, y de agua llena,  
La va sorviendo el lago fluctuoso,  
»Y á los della sepulta, ¡oh caso fuerte!  
En el profundo sueño de la muerte.

Otra á par desta padeció al instante  
El infortunio mismo y fin prescrito,  
Aunque en vano al armada circunstante  
Pidió favor en su final conflicto;  
Que el agua inexorable resonante  
Con eterno silencio selló el grito,  
»Y hizo de sus ondas homicidas  
Un sepulcro comun á tantas vidas.

Otras dos arrebató un torbellino  
»Oh despiedad! á suerte compasiva,  
Y embistelas en medio del camino  
Con furia desigual y rabia esquiva;  
En mil partes se rompe el frágil pino,  
Y de ambas no escapando cosa viva,  
»El golpe enorme y último gemido  
Causaron un estruendo nunca oído.

No aplacado con esto el viento crudo,  
Antes de nuevas furias incitado,  
Muchas velas rompió bravo y saúdo,  
Mucha materia dió á mortal cuidado;  
Una galera que sufrir no pudo  
Gruesos golpes de mar por el costado,  
»Quedó hecha ataud oscuro y frío  
De aquellos tristes á quien fué navío.

Con su fragata vió la Capitana  
A diez y seis mezuquinos marineros  
Sorbérselos del mar la furia insana,  
Espanciendo alaridos lastimeros;  
Mas, yerra mas allí quien mas se afana  
En ayudar los tristes compañeros;  
»Y así, por galardón del buen servicio,  
Murieron los cuitados en su oficio.

Viendo el Comendador su perdimiento,  
Y encubrir no pudiendo tantos males,  
Gimió profundamente, y en acento  
Tristísimo sembró querellas tales:  
»Oh venturoso aquel cuyo tormento  
Fenece entre estas ondas fortunales,  
»Y pagando su deuda conocida,  
Escapa libre de tan agra vida!